

1. ABRIL HACE LO QUE QUIERE (FRAGMENTO)

Arquímedes González

Jack regresó tarde de jugar pelota y se duchaba cuando sonó el teléfono.

El muchacho no escuchó los timbrazos.

Salió, se secó y, frente al espejo, se sacó dos espinillas del labio inferior. Se le enrojeció como si le hubiera picado una avispa.

Dejó de dañarse la cara y modeló la musculatura de sus brazos.

Su abdomen se veía liso. Hizo contorsiones como si fuera un fisicoculturista y gruñía como un animal.

El teléfono volvió a sonar.

—Buenas noches, aquí habla Jack.

—Buenas noches, aquí habla Mildred.

—Hola, abuela.

—Hijito, vení a la casa por favor.

—¿Estás bien? ¿Te pasó algo?

—Yo estoy bien, pero venite para acá. Aquí te cuento.

Aceleró en su bicicleta y llegó al edificio en menos de veinte minutos.

Subió por el elevador. En cuanto golpeó a la puerta, la anciana le abrió.

—Hijito —le dijo abrazándolo.

—¿Qué pasó, abuela?

—Tu padre sufrió un grave accidente.

Jack palideció.

—Hace unas horas llamaron de Estados Unidos y me contaron que parte la plataforma en la que Vincent trabajaba se vino abajo y hubo tres muertos. Tu padre quedó muy mal. Le extrajeron un riñón y el otro, lo tiene perforado debido a un golpe con una viga.

—Abuela...

—Lo siento, hijito. Hay que salir cuanto antes a verlo.

A la mañana siguiente recibieron los boletos aéreos que les envió la empresa desde las oficinas de la sucursal que estaba en la capital.

Por la noche, ella y Jack metieron la ropa en las maletas y al mediodía estaban en el aeropuerto.

El viaje pareció eterno.

No hablaron mucho durante la travesía y apenas pudieron dormir.

Ella recordó a Vincent cuando aprendió a andar en bicicleta, lo feliz que estaba cuando obtuvo su diploma de natación y lo maduro que se miraba tras concluir sus estudios técnicos.

Fue un estudiante poco sobresaliente, pero a él no le importó. Su meta era trabajar en esas plantas de perforaciones petroleras en el mar.

De niño se la pasaba viendo programas de televisión en los que detallaban sobre las torres de construcción, la instalación de las tuberías y la extracción del petróleo. El día de su graduación como técnico de perforación, su madre lloró de felicidad de verlo abrirse paso en el mundo en lo que él deseaba, pero también su sentimiento era de lamento, porque jamás lo vería convertido en el famoso abogado que deseaba.

Tras casarse, su primer trabajo fuera del país, fue en la plataforma petrolera *Safe Scandinavia* que Inglaterra tenía en el Mar del Norte, cerca de la costa escocesa de Aberdeen; luego laboró por un período en la zona de las Antillas y hacía unos años había sido trasladado a las instalaciones ubicadas en el Golfo de México.

Nunca había sufrido accidentes laborales.

Del aeropuerto George Bush de Houston, tomaron una avioneta de una línea aérea local con destino a la ciudad de Corpus Christi y al salir de la aduana, vieron que alguien con los brazos en alto sostenía un mediano tablón de fondo blanco con sus nombres escritos.

El hombre se presentó como el chofer de la empresa y los condujo al vehículo dispuesto para ellos.

Se les hizo una eternidad llegar al área de traumatología del Hospital Corpus Christi.

Ahí estaba un abogado representante de la empresa petrolera.

Los saludó serio como si sintiera en verdad la preocupación y los guió a la sala donde Vincent estaba en coma e intubado.

El médico a cargo se apareció a los cinco minutos.

No hacía falta que les dijeran el estado del paciente.

—Tiene varias costillas rotas, la columna desviada, un brazo fracturado, pero lo más grave es el daño sufrido en los riñones. Uno de ellos le fue retirado y el otro está a punto de colapsar.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó la abuela llorando.

—Es urgente un trasplante.

Ella quedó viendo a Jack.

—¿Qué edad tenés? —le preguntó el médico al joven.

—Casi diecisiete.

—¿Estarías dispuesto a hacerte unas pruebas?

El muchacho no supo cuándo fue que contestó.

—Claro.

En la plataforma petrolera ubicada a setenta y cinco kilómetros de la costa estadounidense, trabajaban casi cien personas. El lugar contaba con cómodos camarotes, televisión, comida y hasta un gimnasio. La jornada laboral era de doce horas al día. Tras el accidente, de inmediato los trabajadores fueron evacuados por temor a que se repitiera otro incidente. Durante la inspección realizada por el equipo especializado de la compañía Multi Ocean Exploration que arrendaba el pozo, se encontró además de una falla estructural, una fuga de petróleo de las tuberías de perforación que amenazaba con extenderse a la boca del foso ubicada a mil quinientos veinticuatro metros de profundidad. De inmediato la empresa pidió a la plataforma petrolera más cercana, una carga de lodo bentonítico que depositaría cerca del sitio en riesgo para evitar una explosión. La información se mantuvo fuera del alcance de los medios de comunicación y aunque la mancha de petróleo se extendió a un poco más de tres kilómetros de diámetro en el

mar, el daño fue reparado en pocos días por un robot subacuático mientras que dos docenas de ingenieros fueron contratados para reforzar la estructura metálica.

Durante esos días, Jack fue sometido a exámenes de orina, de sangre, le practicaron una radiografía renal, un electrocardiograma, además, le hicieron otros estudios para determinar su compatibilidad con el paciente, le preguntaron sobre su régimen alimenticio, cuántas horas al día dormía, los deportes que practicaba, le prometían que todo saldría bien, al verlo preocupado por su padre lo reconfortaban, pero de pronto, hubo una parálisis en los chequeos.

A los tres días, le orientaron esperar en la cama de uno de los cuartos y ahí se la pasó imaginando cómo sería su vida sin un riñón.

A la hora entró el médico, el abogado, su abuela y otro doctor.

Jack los quedó viendo.

—Hijito —le dijo la abuela sentándose a su lado con expresión de mucho pesar y viendo con preocupación a los demás hombres.

Hubo una pausa y por fin el doctor dio un paso adelante, tomó valor, suspiró y le explicó:

—Hemos hecho los exámenes correspondientes, pero encontramos que no podés ser el donador del riñón...

—¿Por qué? ¿Por mi edad? —quiso saber Jack inquietado por la noticia.

—Comparamos varias veces las muestras de sangre y para estar más seguros, hicimos exámenes adicionales descubriendo en todos, que no sos su hijo.

» Leer más en este [enlace](#).

2. SUEÑO CON DRAGONES (FRAGMENTO)

Era un lamento real. No había duda. Se alivió de no alucinar. Sólo eso le faltaba. Si era lamentable estar sin empleo, imaginaba lo que sería estar desempleado y desquiciado.

—¡Sergei! —escuchó que lo llamaban.

—Voy —contestó apurándose, como si hubiera un incendio.

Fue hacia donde provenía el llanto y entró al cuarto. Encendió la luz y vio a su hija en la cuna. Tenía apenas cinco meses de nacida. Una punzada de dolor lo atacó en su sien derecha. La tomó en brazos y descubrió cuál era el problema. La pequeña ahora lloraba con más fuerza porque sentía que la ayuda había llegado. La colocó en la mesa y le quitó la ropa. La niña movió

sus brazos y piernas sin control. Sergei buscó el biberón preparado y con cuidado acomodó la mamadera en la boca de la pequeña que succionó con desesperación y dejó de mover sus extremidades.

El hombre aprovechó para retirarle el pañal desechable. Parecía estar repleto de orines. Con cuidado jaló las cintas adhesivas laterales. Al abrirlas encontró que el interior estaba lleno de sangre coagulada. Alarmado se retiró del bebé y gritó. Fue cuando despertó.

Afuera llovía. El frío era penetrante, como si hubieran dormido con las ventanas abiertas. La baja temperatura se sentía más en la punta de su nariz. El interior de la casa parecía cada noche más gélido y ni con la calefacción al máximo se aumentaba la temperatura. Se refugió en la sábana y advirtió que su esposa no estaba en la cama.

A los diez minutos se levantó.

—¡Sergei! —le llamó su mujer desde la cocina como sabiendo que el marido estaba despierto.

El hombre no contestó.

—¿Vas a llevar a la niña a la escuela?

Tampoco dijo nada.

Se vistió, fue al lavamanos, se lavó la cara, se cepilló los dientes y fue a la sala.

En la mesa quedaba sólo un poco de leche.

—Buenos días, cariño —saludó Sergei a la pequeña.

Le acarició la cabeza y se cercioró que estuviera bien. La pesadilla fue tan real, que creyó que esta escena era mentira.

Se sentó y bebió los últimos cuatro tragos de leche.

La niña seguía enojada porque no fue con sus amigas a los juegos mecánicos. El día anterior había contado a su madre que durante el paseo, las niñas comieron algodones de azúcar, caramelos y papas fritas. Le aseguraron que la montaña rusa fue sensacional y también la casa de los sustos. La pequeña lo contó con la cabeza baja, con tono de reclamo y hasta lo detalló con odio. La madre que aún estaba en pijama le repitió que iría el próximo año, pero para ella ese tiempo no existía.

—¿Cómo dormiste? —preguntó la mujer a Sergei retirando los platos.

—No pude dormir por el bebé de los vecinos —contestó Sergei.

—¿Qué bebé?

—Ayer estuvo llorando y...

—Nuestros vecinos tienen casi setenta años, Sergei.

El hombre consultó su reloj.

—Hora de irnos —le avisó a la pequeña.

» Leer más en este [enlace](#).

3. EL JUICIO FINAL

(FRAGMENTO)

Lucas van Leyden divisó la torre de la iglesia y se le ocurrió que los pobladores estaban dentro del templo, aunque no creía que el lugar tuviera suficiente espacio para todos. Lo asaltaba la pregunta de qué hacían dentro de ese lugar. Hizo memoria, pero no pudo recordar qué se celebraba para estas fechas. ¿Sería que el padre de la iglesia había fallecido? Era un señor de más de cuarenta años y en los últimos meses lo había aquejado una enfermedad que lo mantuvo tosiendo. Su padecimiento fue de grado alarmante y hasta se presentó el delegado de la iglesia de la ciudad vecina del sur para saber con exactitud cuál era la condición del padre. A pesar de la alarma, a las pocas semanas se recuperó.

Lucas van Leyden continuó su camino. Las calles reverberaban por el ardiente sol. Además, a su alrededor las hojas de los árboles estaban marchitas como cuando una planta se deja de regar por un largo periodo. Se fijó en otros árboles. Descubrió que algunos incluso estaban secos. Los arbustos y las flores silvestres también sufrían una transformación preocupante, como si el calor no hubiera dado tregua en los últimos meses. Lucas van Leyden recordó aquellos pasajes desérticos que mostraban algunas pinturas sobre Egipto y halló algo de familiaridad con lo que sus ojos veían ahora, temiendo que su ciudad quedara desolada y convertida en polvo y arena.

De pronto, de una esquina salió un niño gritando. Estaba desnudo. El pequeño corría desesperado llorando por la calle. Como desde hacía horas no había encontrado a nadie y no escuchaba sonido alguno, el grito le hizo retroceder. Su corazón palpitó de prisa, como queriendo huir de lo que sucedía. El niño no se fijó en el pequeño pintor de Leiden porque estaba demasiado lejos para ser notado. El chico continuó corriendo con los brazos abiertos con dirección al otro lado de la calle. Al alcanzar la orilla del canal, saltó al agua.

Lucas van Leyden corrió tras el niño. No podía creer que se hubiera lanzado sin si quiera dudar. Si él se tiraba al agua de inmediato, estaba seguro que le salvaría la vida. El calor se hacía más pesado y el sol parecía ahora más cerca de lo que Lucas van Leyden lo había visto antes. En

los inviernos a veces no se podía ni respirar por la baja temperatura, pero ahora el calor hacía que el aire no ingresara a sus pulmones. Con sólo apurar el paso, aumentaba la transpiración de su cuerpo. Cuando llegó al canal, se olvidó del calor, de la seca vegetación, que no había nadie en la ciudad y del niño que ante sus ojos había saltado al agua. Se quedó ahí de pie sin creer lo que veía. Su boca se abrió como si intentara dar aviso a los demás, pero en los alrededores no había otra persona más que él.

En el fondo del canal Lucas van Leyden descubrió docenas de cuerpos desnudos movidos por una rara corriente de burbujas. Las espaldas de los muertos estaban en carne viva y otras presentaban múltiples ampollas. Las caras estaban desfiguradas. Los brazos de algunos de ellos eran jirones de pellejos que dejaban ver hasta los huesos. Lucas van Leyden trató de identificar a alguna persona, pero se le hacía difícil. Parecían haber estado ahí por varios días. Podía asegurar que los peces habían mordisqueado los ojos, orejas y las bocas de los ahogados, aunque dudó que ahí hubiera algo con vida.

El canal estaba a reventar de cuerpos. Lucas van Leyden dejó de contar cuando superó los doscientos cadáveres. Intentó hacer un cálculo, pero le fue imposible establecer una cifra, pues los cuerpos se veían en el agua del canal hasta donde le daba la vista. De pronto sus ojos

encontraron al pequeño que se había lanzado al agua. Su piel estaba en carne viva. Cuando lo vio correr por la calle no le pareció que tuviera heridas, pero ahora descubría el daño.

Le llamó la atención que debajo del agua seguían produciéndose burbujas que de pronto incrementaron su actividad hasta mover los cadáveres. Viendo los cuerpos, recordó cuando los sábados su madre cocía papas en el fogón. ¿Por qué cientos de personas se habían tirado al fondo del canal si el agua estaba en su punto de ebullición? ¿Qué había ocurrido? ¡Por Dios, qué había ocurrido!

Dio un paso atrás y fue hacia la iglesia. Estaba a menos de cien metros de distancia, pero le parecieron una eternidad. El calor ahora era insoportable. Con cada movimiento dado perdía más fuerzas. Tuvo que hacer varias estaciones para tomar aire. Antes del último tramo decidió quitarse la camisa. La lanzó a la tierra y se sentó en una banca reflexionando sobre lo que sucedía, pero no encontró respuesta a lo que sus ojos habían visto.

Continuó y llegó a las escaleras de la entrada de la iglesia. Subió y se quedó junto a la puerta. No parecía haber nadie. No escuchaba rezos. Tampoco percibía algún movimiento. No soplaba viento. Cada vez le costaba más respirar. Abrió la puerta, asomó su cabeza y ante sus pies apareció una mujer desnuda que, al verlo, se arrastró hacia él. En vez de cabello tenía algunas hebras de pelo suelto como si se lo hubieran arrancado con violencia. La piel de su espalda

estaba igual de lastimada que la de las personas en el fondo del canal. Parecía como si alguien le hubiera echado agua hirviendo.

La mujer se impulsaba en el piso usando su brazo derecho. La mano izquierda la tenía engarrotada. El piso estaba formado de lápidas con los nombres de los habitantes de Leiden. Sus piernas estaban en carne viva y en el suelo, mientras avanzaba, dejaba un notable rastro de sangre. La carne de sus pechos estaba expuesta. Lucas van Leyden calculaba que era una mujer joven. Aún con el extenso daño del rostro, le pareció conocida. Ella lloró desesperada como si fuera la primera persona que miraba en años y se arrastró más rápido tratando de alcanzarlo. Lucas van Leyden vio que el Cristo ubicado en la nave central yacía de lado. Los ventanales de la iglesia estaban quebrados.

El pequeño pintor de Leiden volvió a observar a la mujer, quien se acercaba más hacia sus pies. Supo que los mechones de su cabello estaban chamuscados.

—¿Quién sos? —preguntó por fin.

Ella no habló, pero siguió reptando hacia él.

—¿Qué pasó aquí?

La mujer no pareció escucharlo y continuó su avance. Sus párpados estaban lastimados. Cuando pestañeaba, uno de ellos no cerraba por completo.

Lucas van Leyden retrocedió y se quedó en la puerta de la iglesia.

A unos dos metros de distancia, la mujer habló:

—Soy yo, Lucas... tu hermana.

» Leer más en este [enlace](#).